

SERMON
PARA EL DIA
DE LA NATIVIDAD.

*Evangelizo vobis gaudium magnum, quod
erit omni populo, quia natus est vobis ho-
diè Salvator, qui est Christus Dominus.*

Os traygo una nueva, que será de gran-
de alegría para todo el Pueblo, y es
que hoy os ha nacido un Salvador, que
es el Christo del Señor. *Luc. 2. v. 10. 11.*

SEÑOR.

ESta es la gran nueva que ya ha quatro mil años
esperaba el mundo; el gran suceso que habian
anunciado tantos Profetas; figurado en tantas ce-
remonias; deseado de tantos Justos, y que toda la na-
tura parece prometia y aceleraba con la universal cor-
rupcion que se habia introducido en toda la carne. Este
es el gran beneficio que la bondad de Dios preparaba

á los hombres; despues que la infidelidad de nuestro
primer padre nos sujetó á todos al pecado, y á la
muerte.

El Salvador, el Ungido, y el Señor, se manifiesta
por último en la tierra; las nubes producen al Justo;
la Estrella de Jacob aparece en el universo; sale el Ce-
tro de Judá, y ya ha llegado el que habia de venir;
ya se cumplieron los tiempos misteriosos; el Señor ha
manifestado la señal que prometió á Judea; una Virgen
conció, y ya ha parido; y de Bethlem sale el Con-
ductor que debe instruir y gobernar á Israel.

¿Qué bienes tan grandes se anuncian á los hom-
bres, Católicos, con este nacimiento? No hubiera sido
anunciado, esperado, deseado por tantos siglos: no
hubiera formado la Religion de tantos pueblos, ni sido
el objeto de todas las Profecías, la manifestación de
todas las figuras, el unico fin de todos los pasos de
Dios hácia los hombres; si no fuera la mayor señal de
amor que podia darlos. ¿Qué noche tan feliz aquella
en que sucedió este divino parto! Vió resplandecer la
luz del mundo entre sus tinieblas; en el cielo resue-
na la alegría y los cánticos de accion de gracias.

Pero, Católicos, para participar de las alegrías que
este nacimiento esparce en el cielo y en la tierra es
necesario participar tambien de los favores que nos trae:
la comun alegría se funda en la comun salud que nos
ofrece; y si no obstante estos socorros nos obstinamos
en perecer, la Iglesia llora por nosotros, y juntamos
el luto y la tristeza á el gozo que inspira una nueva
tan feliz.

¿Cuáles son, pues, los inestimables beneficios que
esta nueva trae á los hombres? Los mismos celestiales
espíritus vienen hoy á anunciarlos á los Pastores: viene,
dicen, á dár gloria á Dios, y paz á los hombres; y
en esto se descubre todo el fondo de este Misterio;
á Dios la gloria que le habian querido quitar los hom-
bres;

bres; á los hombres la paz que ellos se habian quitado á sí mismos. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

EL hombre solo fue colocado en la tierra para tributar al Autor de su sér la gloria y los respetos que le son debidos: todas las cosas le acordaban esta obligacion; pero todo quanto debia servir para acordarsela, solo servia de desviarle mas de ella. Debia el hombre á su Magestad suprema su adoracion y sus respetos; á su bondad paternal su amor; á su sabiduría infinita el Sacrificio de su razon y de sus luces. Estas obligaciones gravadas en lo íntimo de su corazon, y nacidas con él, le eran continuamente anunciadas por todas las criaturas: no podia ni escucharse á sí mismo, ni escuchar á quanto le rodeaba sin oírlas en todas partes: con todo eso las olvida, las echa fuera de su corazon; no contempla en la obra, el honor y culto debido al Artífice Soberano; en los beneficios que le hace, el amor debido á su bienhechor; en la obscuridad de los efectos naturales, la imposibilidad de sondear los secretos de Dios, y la desconfianza con que debe vivir de sus propias luces: la Idolatría tributaba á las criaturas el culto que el Criador se habia reservado para sí: la Synagoga le honraba con la boca, limitando á un culto exterior, poco digno del Señor, el amor que le debía: la Filosofía erraba en sus discursos, media las luces de Dios por las del hombre, y creía que la razon que no se conoce á sí misma, podia conocer todas las verdades. Estas tres heridas se observaban en la tierra; en una palabra: ni Dios era conocido y glorificado, ni el hombre se conocia á sí mismo.

Primeramente: ¿á qué exceso no habia llegado el culto de la Idolatría? La muerte exáltaba muy presto á los honores de deidad á una persona á quien se

ama-

amaba; y sus viles cenizas, sobre las que estaba escrita su nada con caracteres indefectibles, venian á ser el título de su gloria y de su inmortalidad: el amor conyugal se formó Dioses; imitóle el amor impuro, y quiso levantar sus Altares: la Esposa y la enamorada; el Esposo y el amante, todos delinquentes, tuvieron templos, sacerdotes y sacrificios: la locura y la corrupcion abrazó un culto tan ridículo y abominable: inficionóse todo el Universo; autorizóle el imperio y la magestad de las Leyes; hizose respetable esta extravagancia con la magnificencia de los templos, con el aparato de los sacrificios, y con la inmensa riqueza de los Simulacros; cada pueblo deseó tener sus Dioses: en efecto del hombre ofrecia inciensos á la bestia: los respetos impuros llegaron á ser el culto de las divinidades impuras: las ciudades, las montañas, los campos, los desiertos, todos se mancharon, y vieron los sobervios edificios consagrados á la soberbia, á la impureza, á la venganza: la multitud de divinidades igualó á la de las pasiones: los Dioses llegaron á ser casi tantos como los hombres: todo vino á ser Dios para el hombre, sin que el hombre conociese al verdadero Dios.

Estaba el mundo casi desde su nacimiento sepultado en el horror de estas tinieblas; cada siglo habia añadido nuevas impiedades; quanto mas se acercaba el tiempo del Salvador, tanto mas parece que crecia la depravacion entre los hombres: la misma Roma, Señora del Universo, se habia sujetado á los diferentes cultos de las naciones que habia vencido, y veía levantar dentro de sus muros los diversos Idolos de tantos pueblos subyugados, que mas servian de monumento público á su locura y ceguedad, que á sus victorias.

Pero finalmente: aunque toda la carne habia corrompido su camino, Dios no queria hacer llover su fu-

ror,

ror sobre los hombres, ni exterminarlos con un nuevo diluvio: queria salvarlos; habia puesto en el cielo la señal de su alianza con el mundo, y esta verdadera señal no era aquel arco tosco, aunque resplandeciente, que se manifiesta en las nubes; era Jesu Christo su Unigenito Hijo; el Verbo hecho carne; el verdadero sello de la eterna alianza, y la sola luz que vino á iluminar todo el mundo.

Manifestase hoy en la tierra, y dá á su Padre la gloria que habia querido quitarle la impiedad del culto público; el respeto que le tributa su alma santa, unida al Verbo, desagracia primeramente á su Divina Magestad de todos los honores que el mundo le habia hasta entonces negado, por tributarlos á la criatura. Mas gloria dá á la Divinidad un hombre Dios que la adora, que quanta le habian quitado todos los pueblos Idolatras; muy agradable debió ser á Dios este respeto, pues él solo bastó para arruinar la Idolatría en la tierra; hizo suspender la sangre de las víctimas impuras; trastornó los Altares profanos; hizo callar á los Oraculos de los demonios; demolió los Idolos vanos, y mudó sus sobervios templos, que hasta entonces habian servido de asilo á todas las abominaciones, en casas de culto y oracion. De este modo mudó de cara el Universo; fue adorado el Dios desconocido, aun en Athenas, y en las ciudades que eran mas famosas por su ciencia y política; el mundo reconoció á su autor: Dios volvió á tomar posesion de sus derechos; establecióse en la tierra un culto digno de su Magestad, y tuvo en todas partes fieles que le adorasen en espíritu y en verdad.

Este es el primer beneficio del nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo, y la primer gloria que dá á su Padre celestial. ¿Pero, Católicos, se estiende á nosotros este grande beneficio? No adoramos ya vanos Idolos: á un Jupiter incestuoso; á una Venus lasciva;

á un Marte vengativo, y cruel: ¿Pero es Dios glorificado entre nosotros? ¿No colocamos en su lugar á la fortuna, al deleyte, al favor, al mundo con todos sus placeres? Porque todo aquello que amamos mas que á Dios, lo adoramos; todo lo que preferimos á Dios, viene á ser un Dios para nosotros; todo lo que es el solo objeto de nuestros pensamientos, de nuestros deseos; de nuestras aficciones, de nuestros temores, y de nuestras esperanzas, es nuestro culto; y nuestras pasiones son nuestros Dioses, á las que sacrificamos el Dios verdadero.

¿Qué Idolos de esta especie no hay aun en el mundo Christiano? Aquella infeliz criatura á quien habeis entregado vuestro corazon; á quien habeis sacrificado vuestros bienes, vuestra fortuna, vuestra gloria, vuestro descanso, y de quien no os pueden separar ni los motivos de religion, ni aun los del mundo, esa es vuestro Idolo: ¿Qué la falta para ser vuestra infame Divinidad, pues en vuestros excesos ni aún este nombre la negais? Aquella Corte, aquella fortuna que os ocupa, que os posee, á la que entregais todos vuestros cuidados, todos vuestros pasos, todos vuestros movimientos, toda vuestra alma, todas las potencias, y aun vuestra misma vida, esa es vuestro Idolo. ¿La negais acaso alguno de aquellos criminales respetos que os pide, ó que pueden servir para alcanzar su favor? Aquella vergonzosa intemperancia que envilece vuestro nombre y nacimiento, que desdice aun de vuestras costumbres, que ha anegado y entorpecido vuestros talentos con los excesos del vino y de la embriaguéz, que haciendoois insensible para todo, solo os dexa gusto para los brutales deleytes de la mesa, esa es vuestro Idolo; solo contaís por vida el tiempo que empleáis en ella, y tributais con el corazon mas respetos á esta Divinidad infame y despreciable, que con vuestras canciones profanas é insolentes. En otro tiempo las pasiones se formaron Dioses; y Jesu-Christo no ha destruí-

truído estos Idolos, sino destruyendo las pasiones que los habian formado: vosotros volveis á levantarlos haciendo revivir las pasiones que habian hecho idolatra al mundo entero, ¿y de qué sirve conocer á un solo Dios, si tributais vuestros respetos á otras Divinidades? El culto está en el corazon; y si el Dios verdadero no es el Dios de vuestro corazon, poneis en su lugar, como los paganos, á las criaturas viles, y no le dais la gloria que se le debe.

No se contenta Jesu-Christo con manifestar á los hombres el nombre de su Padre, ni con establecer sobre las ruinas de los Idolos el conocimiento del verdadero Dios; sino que le forma adoradores que estimarán en muy poco las exteriores sumisiones; si no las santifica y anima el amor; y que tendrán á la misericordia, á la justicia, y á la santidad por las mas dignas ofrendas de Dios, y por el mas magnífico aparato de su culto; que es el segundo beneficio del Nacimiento de Jesu-Christo, y el segundo genero de gloria que dá á su Padre.

Es verdad, que como dice el Profeta, Dios era conocido en Judea; Jerusalén no veía en sus Plazas Idolos que usurpasen los respetos al Dios de Israel: *No habia simulacro en Jacob, ni agüero en Israel.* (a) Está sola porcion de la tierra se habia preservado del universal contagio; pero todo el merito de su culto consistia en la magnificencia de su templo, en el aparato de sus sacrificios, en la pompa de sus solemnidades, y en la exâctitud de sus observancias legales: Toda su religion se limitaba á estas obligaciones exteriores; sus costumbres no eran menos delinqüentes; permanecian allí la injusticia, el fraude, la mentira, el adulterio,

(a) Num. 23.

y todos los vicios; y aun los autorizaban con estas vanas exterioridades de culto: honraban á Dios con los labios, pero el corazon de aquel ingrato pueblo siempre estaba muy distante de él.

Vino Jesu-Christo á desengañar á la Judéa de un error tan grosero, tan antiguo, y tan injurioso á su Padre; vino á enseñarla que el hombre puede contentarse con solas las exterioridades, pero que Dios solo mira al corazon; que qualquiera respeto exterior con que se le niega éste, mas es un insulto, y una hipocresía, que un culto verdadero; que es inutil purificar el exterior, si el interior está lleno de infeccion y podredumbre; y que á Dios solo se le adora amandole.

Pero ¡ah, Católicos! ¿no subsiste aun entre nosotros este error de la Synagoga, tantas veces reprehendido de Jesu-Christo? ¿A qué se reduce todo nuestro culto? á algunas observancias exteriores; á cumplir con ciertas obligaciones públicas, establecidas por la ley; y esta es la religion de los mas prudentes: asisten á los Misterios Santos, hacen escrupulo de faltar á las leyes de la Iglesia, rezan algunas oraciones, consagradas ya por la costumbre, celebran las solemnidades, y aumentan la multitud que concurre á nuestros templos; y en esto consiste toda su religion. ¿Pero están por ventura desprendidos del mundo y de sus deleytes? ¿Están menos ocupados con los cuidados del bien parecer, y de la fortuna? ¿Mas dispuestos á romper un lazo pecaminoso, ó á huir de las ocasiones en que todos los dias naufraga su inocencia? ¿Acompaña á estos exteriores ejercicios de devocion un corazon puro, una fé viva, y una caridad sin fingimiento? No por cierto: todas sus pasiones subsisten siempre con estas obras religiosas, que hacen mas por uso que por religion. Y advertid, Católicos, que ninguno de estos se atreveria á faltar del todo á estas obligaciones, á vivir como impío

sin profesion alguna de culto, sin cumplir, á lo menos, con algunas obligaciones públicas; tendríanse por anathemas, dignos de los rayos del cielo; ¡y al mismo tiempo se atreven á pisar estas santas obligaciones con unas costumbres delinquentes! No les causa horror el inutilizar estas superficiales reliquias de religion con una vida que la religion condena y aborrece; y no temen la ira de Dios, continuando en las culpas que la provocan, y limitando todo el culto que se le debe, á unos vanos respetos que le insultan.

No obstante, ya he dicho que entre todos los mundanos estos son los mas prudentes, y los que parecen mas regulares á los ojos del mundo. No han sacudido aun el yugo, como otros muchos; no tienen la bárbara vanagloria de no creer en Dios; no blasfeman de lo que ignoran; no miran á la religion como juego é invencion humana; quieren vivir todavía unidos á ella con algunas exterioridades, pero no con el corazon; la deshonran con sus desórdenes; no son Christianos sino en el nombre; y así subsisten aun entre nosotros, mas que antiguamente en la Synagoga, las magníficas exterioridades de culto, con la mas profunda y universal depravacion de costumbres que jamás reprehendieron los Profetas á la obstinacion é hipocresía de los Judios. De este modo la religion de que nos gloriamos no es para la mayor parte de los fieles sino un culto superficial: de este modo, aquella nueva alianza que debia estar escrita en los corazones, aquella ley de espiritu y de vida que debia hacer á los hombres espirituales, aquel culto interior que debia formar para Dios adoradores en espiritu y verdad, no forma sino fantasmas, adoradores falsos, apariencias de culto; en una palabra, un pueblo como el de los Judios, que le honra con los labios, pero cuyo corazon corrompido, manchado con mil culpas, y ligado con mil pasiones, permanece muy separado de él.

Este

Este es el segundo beneficio del Nacimiento de Jesu-Christo, en el que nosotros no tenemos parte alguna: Vino á destruir un culto puramente exterior, que se limitaba á los sacrificios de los animales, y á las observancias legales, y que no daba á Dios la gloria que le es debida, pues no le tributaba los respetos de nuestro amor, capaz solo de glorificarle: Vino á substituir á estas vanas apariencias de religion, una ley que debe cumplirse entera en nuestro corazon, y un culto en que el primero y principal respeto debe ser el amor á su padre: Con todo eso, este culto santo, este nuevo precepto, este sagrado depósito que nos ha dexado, ha degenerado entre nosotros; hemos hecho un culto absolutamente Pharisayco, en que no tiene parte alguna el corazon, que no muda nuestras desarregladas inclinaciones, que no influye en nuestras costumbres, y con el que nos hacemos mas culpables, y abusamos del beneficio que debiera borrar y purificar todos nuestros delitos.

Finalmente, los hombres quisieron tambien quitar á Dios la gloria de su providencia, y de su eterna Sabiduría. Los Filósofos, movidos de la extravagancia de un culto que multiplicaba infinitos Dioses, y obligados por solas las luces de la razon á conocer un solo sér supremo, desfiguraban su naturaleza con mil opiniones ridículas: Unos se figuraban un Dios ocioso, metido dentro de sí mismo, gozando de su propia felicidad, que no se dignaba de baxarse á mirar lo que pasaba en la tierra; que en nada tenia á los hombres á quienes habia criado, interesando tan poco en sus virtudes como en sus vicios; y que dexaba á la casualidad el curso de los siglos y estaciones, la revolucion de los Imperios, la suerte de cada particular, la máquina entera del universo, y toda la disposicion de las cosas humanas: Otros le sujetaban á un fatal enlace de sucesos, haciendole un Dios sin libertad y sin poder;

Gg 2

y

y al mismo tiempo que le contemplaban como dueño de los hombres, le tenían por esclavo de la suerte; siendo entonces los delirios del entendimiento, la sola regla de religion y creencia de los que eran tenidos por mas ilustrados y sabios.

Jesu-Christo vino á dar á su Padre la gloria que le habian quitado los vanos discursos de la Filosofía: Vino á enseñar á los hombres que la fé es la fuente de las verdaderas luces, y que el sacrificio de la razon es el primer paso de la Filosofía Christiana: Vino á fijar las dudas, enseñandonos lo que debemos conocer del Sér Soberano, y lo que debemos ignorar.

No bastaba, pues, que los hombres para glorificar á Dios le sacrificasen su vida, como á Autor de su sér, y renunciasen con esta confesion á la impiedad de la Idolatría; que le sacrificasen su amor y su corazon como á su soberana felicidad, y confesasen de este modo la insuficiencia, é inutilidad del culto exterior y Pharisayco de la Synagoga: Era tambien preciso que le sacrificasen su razon como á su Sabiduría, y á su verdad eterna, y se desengañasen de este modo de las vanas averiguaciones y orgullosa ciencia de los Filósofos.

El Nacimiento, pues, de un Hombre Dios, la union inefable de nuestra naturaleza con una persona Divina, destruye toda la razon humana; y este Misterio incomprehensible, propuesto á los hombres como toda su ciencia, toda su verdad, toda su Filosofía; toda su religion, les hace desde luego conocer que la verdad que hasta entonces habian buscado inutilmente, debe buscarse, no con vanos esfuerzos, sino con el sacrificio de la razon, y de nuestras débiles luces.

¡Pero ay! ¿Dónde están los Fieles que sacrifican á la fé su razon entera, y que renunciando á sus propias luces, baxan los ojos con un silencio de adoracion y de respeto ante las magestuosas tinieblas de la religion? No hablo de aquellos impíos que aún viven

entre nosotros, y que no se acuerdan de Dios; estos deben ser entregados al horror y á la indignacion de todo el universo, que conoce y adora una Divinidad; ó al horror de su propia conciencia, la que aún contra su voluntad la invoca, y llama en secreto, quando al mismo tiempo se están ellos exteriormente gloriando de no conocerla.

Hablo de la mayor parte de los Fieles, que casi forman de la Divinidad una idea tan falsa y humana, como antiguamente formaban los Filósofos Paganos; que no cuentan con ella respecto de los sucesos de la vida; que viven como si la casualidad ó el capricho de los hombres decidiese de todas las cosas de la tierra; y que solo conocen á la felicidad, y á la desgracia, como las dos unicas Divinidades que gobiernan el mundo, y que presiden á todo lo que pasa en la tierra: Hablo de aquellos hombres de poca fé, que lejos de adorar los futuros secretos, ocultos en los profundos é impenetrables consejos de la Providencia, ván á buscarlos en las ridículas y pueriles predicciones, que atribuyen al hombre una ciencia que Dios se reservó para sí solo: Esperan con una necia persuasion en las locuras de un falso Profeta, sucesos y revoluciones que deben decidir de la suerte de los pueblos é Imperios: fundan sobre esto vanas esperanzas para sí mismos, y renuevan, ó las extravagancias de los Agereros, y Aruspices Paganos, ó la impiedad de la Phytónisa de Saul, y los Oráculos de Delphos, y Dodona: Hablo de los que quisieran ver claramente los eternos caminos de Dios acerca de nuestros destinos, y que no pudiendo con solas las fuerzas de la razon resolver las insuperables dificultades de los Misterios de la gracia en orden á la salvacion de los hombres, en vez de exclamar con el Apostol: *Oh profundidad de la Sabiduría, y ciencia de Dios!* están tentados á creer, ó que Dios no se mezcla en nuestra salvacion, ó que

es inútil el que nosotros cuidemos de ella: Hablo de aquellas personas sequaces del mundo, que aplauden y tienen por convincentes aun las mas débiles y fútiles razones que la incredulidad opone á la fé; que titubean con qualquiera duda frívola que les propone el impío; que parece se alegrarian de que la religion fuese falsa; y que les hace menos fuerza el respetable peso de las pruebas que confunden á un entendimiento sobervio, y confirman la verdad, que un discurso aéreo que la impugna, en el que, por lo regular, no se halla mas fondo que el atrevimiento de la impiedad y de la blasfemia: Finalmente, hablo de muchos Fieles que dexan para el pueblo la creencia de tantos prodigios como nos ha conservado la historia de la religion; que parece creen que todo lo que excede á las fuerzas de los hombres excede tambien al poder de Dios; y que niegan los milagros á una religion que está fundada sobre ellos, siendo ella el mayor de todos.

De este modo usurpamos nosotros á Dios la gloria que le dió el Nacimiento de N. S. Jesu-Christo: Este nos enseñó á sacrificar al incomprehensible Misterio de su manifestacion en nuestra carne nuestras propias luces, y á vivir solo con la fé; fijó las dudas del espiritu humano, y le sacó de los desordenes y abismos en que se habia precipitado el entendimiento en orden á la verdad y á la vida; y nosotros la abandonamos, y queremos caminar baxo los estandartes de la fé, como antiguamente baxo los estandartes, si es licito decirlo así, de una flaca razon: Nos ponen en arma los Misterios de la fé que oímos; todo lo reformamos; de todo dudamos; queremos que Dios piense como el hombre: Sin perder del todo la fé, la dexamos debilitar dentro de nosotros mismos; no usamos de ella, y esta flaqueza de la fé es la que ha corrompido las costumbres,

bres, multiplicado los vicios, avivado en todos los corazones el amor de las cosas presentes, apagado el de los bienes futuros, introducido la discordia, el aborrecimiento, la disension entre los fieles, y destruido aquellos primeros rasgos de inocencia, de santidad, y caridad que hizo tan respetable el Christianismo en los primeros tiempos, aun á los que reusaban sujetarse á él. Pero no solamente el Nacimiento de Jesu-Christo dá á Dios la gloria que quisieron usurparle los hombres, sino que tambien dá á los hombres la paz que continuamente se quitaban á sí mismos. (a) *Et in terra pax hominibus.*

SEGUNDA PARTE.

Reynaba una paz universal en todo el universo, quando Jesu-Christo, Principe de la paz, (b) vino á la tierra: todas las Naciones sujetas al Imperio Romano sufrían tranquilamente el yugo de aquellos sobervios dueños del mundo: la misma Roma, despues de las guerras civiles que habian despoblado sus murallas, esparcido sus proscriptos por las islas y desiertos, é inundado la Asia, y la Europa con la sangre de sus ciudadanos, respiraba ya del horror de estas turbaciones; y reunida baxo la autoridad de un Cesar, hallaba en su esclavitud la paz de que no había podido gozar en su libertad.

Estaba, pues, en paz el universo; pero esta era una paz falsa: el hombre, entregado á sus injustas y violentas pasiones, padecia dentro de sí mismo la guerra y disension mas cruel: apartado de Dios, entregado á las inquietudes y furores de su propio corazon, combatido de la multitud y contrariedad eterna de sus des-

or-

(a) *Luc. 2. v. 14.* (b) *Isai. 6. v. 9.*